

OPTA AL CONCURSO DE CUENTOS.

AMOS Y CRIADOS.

Evidentemente, usted tiene toda la razón del mundo, señor. ¿Quién le ha dicho lo contrario? Usted manda y nosotros obedecemos. Ya lo dice el cura cada domingo desde el púlpito. Los pobres sólo venimos al mundo para sufrir. A padecer para ganarnos el cielo. Pero no faltaba más, señor, estamos a sus ordenes. Por eso estamos a su servicio y nos paga cada mes. Por eso el negocio es de su propiedad. Por algo su padre, sus tíos, sus abuelos ganaron la guerra. ¿Qué hubiese sido de su fortuna, de sus hoteles, su palacio, sus coches, el yate, los criados, si aquella chusma, los rojos, llegan a ganar la guerra? ¡Si un destacamento de aquellas desharapadas milicias llega a tocar al portalón del palacete! Ni hambre ni racionamiento hubiesen padecido los pobres, no lo dude, señor, sea dicho sin ánimo de ofender. Pero, como siempre, las cosas

rodaron a su favor. Ustedes ganaron y por eso tengo que trabajar diez horas diarias para usted, sábados incluidos. E incluso algún domingo. ¡Una semana de vacaciones al año! ¿Le parece justo, señor? No, si no lo digo por nada. Hablar por hablar. Para pasar el rato. Ya le veo la cara cuando me paga cada viernes, a las ocho de la noche exactamente. Me da el dinero con prevención, como si no me lo hubiese ganado, como si le hubiese robado. ¡Conozco tan bien a los de su raza! Como sus amigos de la peña de cazadores. Ustedes quisieran que trabajásemos por unas sopas de col, por un mendrugo de pan. Como en tiempos de los esclavos. Pero no se preocupe por nada, señor. Todo se hará como ha ordenado. Por algo usted es el propietario, con todos sus negocios, sus fábricas, sus rentas protegidas por la Constitución. Porque antes, con la dictadura, solo había el garrote y la Guardia Civil para defender lo suyo. El garrote y la prisión. Ahora han cambiado las cosas. Ahora, ya lo vemos, son ustedes más civilizados con la ley y trescientos diputados a su servicio... hasta la gente que creímos de izquierda trabajan para ustedes, ¡quién lo hubiese dicho! Qué le vamos a hacer. Ustedes vencieron. Es justo que administren su victoria. Cada pueblo tiene el collar que se merece. Usted mande. Estoy a sus ordenes. Ya lo sabe. Aquí no ha cambiado nada.

Indiscutiblemente yo no puedo defender mis ideas con la brillantez con que tú lo haces, compañero. Por alguna circunstancia que me esfuerzo por comprender resulta que tú eres el responsable político del partido y, además, todo un hombre de carrera. Por desgracia, mis padres no pudieron darme estudios como los tuyos. A los catorce años ya me pusieron a trabajar. Trabajar de sol a sol haciendo de criado para los señores. ¡Siempre los malditos señores! Por eso me hice de izquierdas. Tú lo sabes perfectamente, compañero. Tengo el carnet en regla, todas las cotizaciones del año en curso pagadas y jamás he faltado a una reunión de la célula ni a ninguna manifestación. Pero te aseguro que a menudo me invaden las dudas. Yo no he leído como tú lo has hecho toda esa tonelada de libros que tenemos en la biblioteca del partido y que únicamente leéis vosotros, los miembros de la dirección. Ya sabes a qué me refiero: Marx y todos los demás barbudos que decoran el local. Quizá vosotros teneis razón en vuestras propuestas, no voy a discutirte ahora. Tu sabes hablar muy bien, por algo tienes una experiencia de años de profesor en la Universidad. Y yo, ya ves, a los cuarenta parezco un viejo de sesenta. Y las manos... ¡fíjate que manos! ¡Que diferencia con las tuyas, que hasta parecen de señorita! Pero concretemos, compañero. Lo que sucede es que yo no veo muy claros todos esos planteamientos tuyos y de la dirección de que para acabar un día con el capitalismo tengamos que respetar siempre sus leyes,

su Rey, su Iglesia, sus policías. Sí, ya te vi en la manifestación a favor de las reivindicaciones de la policía. Tú dices (por eso eres el responsable político, por eso tienes la confianza de la dirección de Madrid) que hemos de saber hacer alianzas para, todos juntos, acabar un día con los que nos oprimen. Pero jamás he podido tener confianza en los que agachan el espinazo ante los jueces, los, ricos, los militares. ¿Me dirás que pese a todo nuestra línea es la correcta? ¿Quieres decir que nuestros maestros, los de las barbas, esos que tenemos presidiendo la sala de juntas, decían que teníamos que hacer todo esto? No lo veo nada claro, compañero. Lo malo es que no puedo decir nada porque no tengo estudios. No pude ir a la Universidad. Y sin estudios ni tus mismos compañeros de lucha te escuchan. Es curiosísimo todo lo que sucede en nuestro partido. Mira por donde, la mayoría de los que mandáis, todos los que vais cada cuatro años encabezando las listas electorales sois hombres de carrera, de seminario, algunos incluso hijos de los que nos ganaron la guerra. ¿Quieres decirme que no se puede hacer otra cosa?, ¿que esa es la política correcta para acabar con los que nos oprimen y nos niegan lo más elemental: vivienda barata, estudios gratis para nuestros hijos, hospitales adecuados, una pensión digna para cuando nos retiremos? Ya te digo. A veces lo dudo. Pero tú mandas. Tú eres el secretario de la organización. Por algo te han ido reeligiendo en cada conferencia. No quiero suponer que todo lo que dices sea un puro engaño, que con tu línea estés haciendo el juego a los de siempre, que seas un infiltrado entre nosotros. Porque tú eres el responsable, tienes carrera, sabes hablar en público, fuiste diputado del partido, sales en los periódicos, teorizas, explicas. ¡Cómo me hubiese gustado poder seguir estudiando, no haber tenido que ponerme a trabajar! Quizá de haber podido seguir en el colegio ahora no me sentiría tan confuso ante todas estas cosas tan extrañas y que, a veces, me parecen tan sin sentido: respetar sus reglas de juego, sus leyes, participar en sus elecciones, felicitar al rey y a la reina el día de su cumpleaños... De verdad, compañero, ¿crees que todo esto es necesario para la causa? ¿Sí? Tú sabrás, para algo eres el secretario. Por algo mandas. Por algo vienes de buena familia, de una familia con dinero, de esas que ganó la guerra y en la postguerra iba persiguiendo rojos. ¿No era fiscal tu padre? ¿Indisciplinado? No, hombre. A tus ordenes. ¡Qué remedio! Se cree en el centralismo democrático o no se cree. Y pese a mis críticas, tú lo sabes perfectamente, yo he sido, soy y seré un disciplinado militante. Un buen militante de tu partido, compañero.

Ser una mujer trabajadora, ni en este país ni en ninguno, es un regalo. ¡Quién me hubiese dicho, de jovencita, que mi vida se reduciría a soportar

tanto trabajo y tanta miseria! Al cine, a bailar, íbamos antes de casarnos, cuando aún no habíamos estado ninguna vez en la cama. Pero después... ¡qué cambio! Los hombres sólo te quieren para tener una criada en casa. Alguien que les cuide, que les haga de madre, que les tenga lista la comida, la ropa, que se preocupe de los hijos. ¿Y qué puedo hacer? Siempre ha sido así. Obedecer. ¿Dónde podría ir sin oficio ni beneficio? De pequeña sólo me enseñaron a coser, a lavar, a fregar los platos, a tener limpia la casa. Ahora lo veo claramente: sólo me educaron para eso, para ser una dócil, obediente esclava. Y lo que es peor todavía: todo esto que ahora pienso no puedo decirlo a nadie, ¡jamás! Mi madre me consideraría una loca. "Con el hombre que tienes y con el dinero que gana..." sólo sabría decir. Por lo demás, mire por donde mire, el cuadro es el mismo. Mis vecinas, por ejemplo. Como yo, exactamente igual. Siempre resignadas, cargadas como un burro, yendo de compras al mercado, con diez quilos de comida en cada mano, sacando la lengua por el esfuerzo, subiendo a pisos sin ascensor, preparando la comida para los hijos, para el marido. Realmente ser mujer trabajadora no es ninguna ganga. ¿Dónde te colocas si no estás especializada en ningún trabajo concreto? ¡Si al menos hubiese podido acabar el bachillerato, hubiese estudiado mecanografía en una academia, supiese leer y escribir! Pero no. Tenía que ser una buena madre, una perfecta esposa. Y si riñera con mi marido lo único que podría encontrar para defenderme sería limpieza de escaleras. O hacer de puta por las calles. ¡Criada o puta! ¡Qué futuro más esplendoroso! Nada de todo esto me explicaron las monjas de pequeña. Pero él, el señor, puede irse al café, a jugar una partidita con los amigos; hasta tiene tiempo de leer el diario por muy cansado que llegue por la noche. Una mujer es diferente. Nunca tiene tiempo para nada. Preparar la comida, ir de compras al mercado, hacer las camas, fregar, limpiar la ropa, llevar a los hijos a la escuela. El hombre, aun el más pobre, siempre será un señor si lo comparamos con la mujer. ¿Hasta cuándo?, me preguntó. Hasta cuándo serán así las cosas? Una buena esposa, una buena madre. ¡Una buena criada es lo que soy! Eso me enseñaron. Eso soy. Nada más.

No se lo discuto, señor ingeniero. Ya veo la orden del Juzgado, con todos sus sellos. ¡Cuántas pólizas, Dios mío! Y cada una es de una oficina diferente. ¿Tanta gente se gana la vida, estando sentada, en la Ciudad? Sí, ya me lo ha dicho. Hemos de dejar la casa, el huerto, pues la autopista pasará por en medio de la finca. Pero, usted comprenda, señor ingeniero. Pensaba que había unas leyes, que me darían algo más de indemnización. ¿Qué podemos hacer con quinientas mil pesetas? ¡Si el piso más barato ya vale más de cuatro millones! Además, si nos expropian la tierra... ¿qué haremos? Usted comprenda

que de este huerto hemos vivido generaciones y generaciones de campesinos. La tierra da poco, en todas las épocas. Pero siempre hemos tenido para ir tirando sin muchas estrecheces. Unas fanegas de trigo, las almédras, los manzanos, la verdura que no nos cuesta nada, el cerdo, las matanzas de cada año, cuatro gallinas y cuatro conejos. Que más puede pedir un campesino que vivir sobre la tierra en que trabajaron sus padres y sus abuelos. Vivir de nuestro sudor, sin tener que pedir nada a nadie, sin tener que mendigar, es lo único que deseamos. En la ciudad ¿qué vamos a hacer con sólo quinientas mil pesetas, sin un trabajo? ¿Ponernos a pedir en la calle? Comprenda, señor ingeniero. Sí, ya sé que usted no es el responsable, que usted no tiene la culpa de nada. Usted hace su trabajo, cobra un sueldo del Estado y le mandan con los papeles. Pero, como le decía, comprenda que mis padres ya tienen setenta años. Morirán si les saco de aquí, si les encierro entre cuatro paredes, en un pisito de la ciudad. Ya casi no pueden caminar. Siempre hemos vivido aquí. Trabajar la tierra, recoger la cosecha, las manzanas, las almédras... Sí, señor ingeniero, ya veo que todo está en orden, las pólizas, los papeles, las firmas... ¡Jamás había visto tanta póliza, y cada una de un despacho diferente! No se ponga tan nervioso. Sí, ya he visto la furgoneta de la Guardia Civil por si oponemos resistencia a la expropiación. Ustedes mandan. Ustedes ordenan. ¿Qué puede hacer una pobre familia campesina ante la ley y los fusiles? Los campesinos sólo hemos venido a este mundo para sufrir. A soportar con resignación todas las desgracias que Dios quiera mandarnos para probar nuestra fe. Ya nos lo dice el señor cura cada domingo en la iglesia: "Sólo en el cielo obtendremos la recompensa por los sufrimientos padecidos en la tierra". Ustedes mandan. Las leyes únicamente están hechas para proteger a los poderosos. Usted lo sabe perfectamente, señor.

¡Mande, mi capitán! Tiene toda la razón. Un soldado está para obedecer. Dígame... ¿qué sería de un ejército sin la disciplina, sin la más estricta obediencia? ¿Cómo se podrían conquistar países, ganar batallas, si los soldados se pusiesen a discutir las órdenes de sus superiores? El ejército se convertiría en una olla de grillos. Además, le aseguro que no sé por qué alguna gente critica tanto al estamento militar. Aquí la vida no es tan diferente a la de la calle. También en la vida civil están los que mandan y los que obedecemos. Siempre ha sido así y es normal que así sea. ¿Cómo podría la sociedad funcionar sin un orden, unas leyes, una jerarquía? Sería la más pura anarquía. Algo parecido a lo que vemos en esos reportajes que da la tele sobre el mayo del 68 o la revolución en Nicaragua. ¿Usted sabe lo que sucedió en Nicaragua, señor capitán? Lo vi la otra noche por televisión. Dicen que los campesinos se sublevaron

contra el ejército y le vencieron. ¡Y eso que estaban pertrechados y dirigidos por los norteamericanos! ¿Usted cree que eso es posible, señor? ¿Que unos simples campesinos venzan a un ejército como Dios manda? ¿No es posible? Ya decía yo que era imposible que unos analfabetos muertos de hambre supiesen tanto como ustedes que han estudiado en academias militares y han hecho cursillos especiales en Estados Unidos. ¿Qué había oficiales cubanos y rusos con los sandinistas? ¿Y por eso vencieron a los militares de carrera? No. No lo sabía, señor capitán. La televisión no lo especificó. Pero si usted lo dice, yo le creo a pies juntillas. ¿Cómo puedo dudar, ni por un segundo, de su palabra, señor capitán? Usted tiene estudios, y todo el mundo sabe, en el cuartel, que estudió con el Rey cuando era cadete en la Academia Militar de Zaragoza y que su padre fue general del glorioso ejército nacional que venció a los rojos. Usted tiene, por fuerza, que saber mucho más que un pobre albañil que lo único que sabe hacer en esta vida es poner ladrillo tras ladrillo. ¡Mire que he hecho casas desde que mi padre me puso a trabajar de muy niño! Y lo curioso es que con tantas casas y chalets que he hecho aún no tengo un techo que pueda decir que es mío. Sí, ya sé que el ejército les proporciona a ustedes una ^ebuna casa. Pero nosotros, en la vida civil, el tener un piso nos llega a costar quince o veinte años de ahorros, de no tener jamás vacaciones, de hacer miles y miles de horas extras. ¡Qué le vamos a hacer! La vida es así y siempre lo será. Para eso está el ejército, para proteger las leyes, el orden, la santa y sagrada propiedad. No se preocupe, señor capitán. Este domingo no libraré. Vendré a su casa a terminarle de enladrillar la piscina. Si me queda tiempo, empezaré a pintar las ventanas y el yate. Ya lo sabe, siempre a sus ordenes, señor capitán. Y agradecido. ¡No faltaría más! ¿Que la criada me preparará un buen bocadillo de jamón? A su servicio, señor capitán.

¿Quién duda que sin ustedes, los curas, el mundo no podría funcionar? En primer lugar, sin el bautismo, ya de pequeños, no podríamos llegar a ser cristianos. Y sin ser cristianos jamás podríamos alcanzar el cielo, ¡que es el lugar donde a los pobres se nos hace justicia! Es por eso que ustedes estudian tantos y tantos años en el seminario o en Roma, libros y más libros, para poder así iluminar al mundo, para decirnos que hemos de ser obedientes, respetuosos, que no hemos de desear jamás nada de lo ajeno. Esto es lo que, desde muy niño, siempre he oído predicar: no desear ni la riqueza de los otros, ni sus mujeres, ni sus pingües beneficios, obtenidos -dicen algunos descreídos- sobre nuestro trabajo y nuestro sudor. Sí, señor cura. ¿Qué sería de los pobres sin su ayuda? La Iglesia dispone de desinteresadas organizaciones de

caridad, que, cuando nos quedamos sin trabajo, enfermamos, nos proporcionan un plato de sopa caliente, una cama para no morirnos de hambre y frío en medio de la calle. No ignoro que los pobres, en esto, somos desagradecidos y a menudo criticamos las riquezas de los templos, tanta joya, tanta plata, tanto oro ¡quilos de oro! cubriendo las imágenes. Muchas veces, cuando hemos bebido un poco y no está usted, en el refugio de Caritas, llegamos a decir que vendiendo todas esas riquezas se podrían hacer casas para los que estamos a la intemperie, escuelas para los niños que van sueltos por las calles, dar de comer a todo el que lo necesite. De todos modos, le aseguro que los pobres siempre hemos sido fieles cumplidores de todas nuestras obligaciones. ¡Recordamos perfectamente el terrible castigo que ordenó Dios contra los descreídos que en 1936 querían repartirlo todo sin respetar templos ni conventos! ¡Miles y miles se achicharraron bajo el inclemente sol de agosto de aquel fatídico año! Mi madre me lo repetía: "Si no quieres tener problemas, procura estar a bien con los curas". Por eso ustedes han estudiado tanto en el seminario. Para ayudar y consolar a los desvalidos. Para mantener la esperanza de que, al ir al cielo, se nos hará justicia. Y que, al morir, si hemos sido fieles a los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, tendremos un asiento al lado del Todopoderoso. Usted mande, señor cura. Nuestra familia no ha faltado nunca a una misa, al rosario. Siempre hemos sido los primeros en la procesión, en la peregrinación, en llevar en andas al Santo Cristo por Semana Santa. ¿Qué sería del mundo sin ustedes, señor cura? ¿Quién nos guiaría por el camino recto? ¡Menudos sacrificios hacen sirviendo a los desgraciados! No, señor cura. Yo no he tenido jamás dudas por lo que respecta a mi fe. Siempre he respetado lo que dice el Evangelio. ¿Se acuerda, usted, del Evangelio? Por ejemplo, aquello de "los últimos serán los primeros" o aquello otro de "será más difícil que un rico entre en el reino de los cielos que un camello por el agujero de una aguja". Esas cosas sí las recordamos, señor cura. Y ya sabe, a mandar, que para eso hemos venido al mundo. Pobre del mundo si no fuese por ustedes. Vete a saber dónde acabaríamos si no nos orientasen. Nos perderíamos por caminos que nos llevarían rectos al infierno, a desear lo que no es nuestro, a querer hacer otra vez la Repartidora, como en tiempos de la guerra, y acabaríamos donde terminaron nuestros padres, con las manos atadas con un alambre, iluminados por los autos de los falangistas, ante los muros del cementerio mientras ustedes, llevados por ese amor cristiano al prójimo les daban la extramaunción, les ponían a bien con Dios. ¡Qué espíritu de sacrificio! ¡Qué trabajos se tomaban con los nuestros! No dude, señor cura, que, nosotros, los pobres, no olvidamos ni olvidaremos lo que han hecho por nuestra redención.

Evidentemente, usted, señor profesor, tiene toda la razón y nosotros, los que estamos aquí sentados en el banco de la escuela, lo único que sabemos hacer es repetir lo que usted dice como loros. Ya sabemos, señor profesor, que la docencia, el magisterio, es precisamente la ocupación más excelsa que pueda haber. ¡Un sacerdocio es la enseñanza! ¡Transmitir a las nuevas generaciones todo el saber, toda la experiencia de las anteriores! ¿Puede haber algo más elevado, algo más sublime en este mundo? Creemos que no. Nosotros quisiéramos también, en el futuro, ser maestros, profesores, tener ese poder casi mágico, y en cierta medida diabólico, de poder abrir paso hacia una existencia sin problemas ni preocupaciones o, si suspendemos, condenarse al hambre y a la miseria para toda la vida. Nadie -¡ni mucho menos!- le discute ese poder que le ha conferido su título, ese título obtenido en aquella época ya lejana de exámenes, cuando todos sus compañeros de curso participaban en la huelga contra la dictadura y usted pensó -inteligente- que aquella era una buena ocasión para aprobar, para quedar bien con los catedráticos, y ellos, contentos, felices por tener un aspirante, le dejaron copiar letra por letra todas las preguntas de la prueba. ¿Cuánto tiempo hace, señor profesor, que no ha abierto un libro? ¿Qué no tiene ninguna obligación? ¿Qué para eso ha terminado una carrera? Exacto, señor profesor. Nadie le discute sus derechos. Todo eso lo sabemos perfectamente. Por algo nosotros somos los alumnos y usted el profesor. Pero, ¡cuántas veces nos gustaría discutir algún punto de sus magistrales lecciones!. Por ejemplo, en aquella guerra... ¿sucedió realmente todo como usted nos lo explica? ¿Una guerra para salvar a la patria del comunismo? ¿No sería para salvaguardar los intereses egoístas de una clase parásita, acostumbrada a mandar, a hacer siempre lo que quería? ¿Es justicia que muera un millón de personas porque a algunos no les gustó que el Frente Popular ganara las elecciones? Ese millón de víctimas... ¿eran todos mala gente, descreídos que había que erradicar? Nosotros, mire por donde, señor profesor, jamás hemos considerado malos a los que quisieron defender la legalidad que habían votado. Al contrario, pensamos que usted y los libros se equivocan muchas veces cuando explican esas cosas. Pero, en fin, no divagemos. Finalmente tenemos que darle la razón en todo. Usted tiene el título colgado del despacho y, si queremos aprobar el curso, tendremos que repetir al pie de la letra todo lo que usted nos ha contado. ¡No faltaría más! ¿Quién puede dudar de su autoridad? Estamos a sus ordenes. Lo que usted mande. ¡Muy buenos días, señor profesor! ¿Nos permite salir a jugar al patio? Usted siempre arriba, nosotros siempre abajo. Usted tiene el poder absoluto que le confiere esa sociedad que espera tanto de su magisterio. Mire por

donde, señor profesor, por un punto en una evaluación, por ejemplo, poner un cuatro en lugar de un cinco, puede condenarnos a la marginalidad más absoluta, a no encontrar trabajo, a no tener casa, a no tener hijos, a morir borrachos, abandonados en cualquier esquina de la ciudad. ¿No ha leído en la prensa que, cada año, mueren en nuestra ciudad más de veinte personas a la intemperie? Claro que usted no tiene la culpa de todos estos hechos. Seguramente fueron otros profesores los que les suspendieron. Pero no deja de ser curioso el que siempre suspendan a los rebeldes, a los que cuestionan las cosas, a los que hacen preguntas, a los exigentes, a los que no se les puede engañar. ¿Por qué nunca suspenden a los que repiten los apuntes de memoria, a los que se lo creen todo, a los copiones, a los que van a buscarle el periódico, el café al señor profesor? ¿Por qué será que sin fallar los más dóciles son los que aprueban, los que vuelven a ser profesores, los que vuelven a repetir, idéntica, sin variaciones, la misma lección, año tras año, siglo tras siglo? No, no se tome en serio todas estas reflexiones. Únicamente lo estaba pensando, nadie lo sabe, ni por nada del mundo lo iría contando por ahí. Son solamente unas pequeñas reflexiones que permanecerán para siempre encerradas en mis células cerebrales. ¿Puede repetirme la última fórmula? Me he distraído por unos momentos. Quiero copiar exactamente todo lo que usted nos está dictando. No quisiera, por nada del mundo, dejar de copiar ninguna de sus palabras. Tengo que aprobar y ésta será mi última oportunidad para poder pasar al próximo curso.

¿Qué me estaba diciendo, señor director ~~de~~ la prisión? Disculpe. ¿Quiere saber por qué la vida me ha traído hasta la cárcel? Le aseguro que ni yo mismo lo sé. Siempre procuré ser obediente, un buen estudiante, un buen trabajador, un buen soldado, un buen cristiano... Pero el mundo da a veces giros insospechados. Jamás me rebelé contra lo que estaba mandado. Desde muy niño, mi padre, mi madre, ya me enseñaron cuál era mi sitio. Los pobres en una parte, los ricos en la otra. Cada domingo a misa y confesarse. Lo único extraño que sucedía era que el señor cura no sabía contestar a mis preguntas. Más de una vez me acerqué a él y, después de besarle la mano como está ordenado, le preguntaba por qué, si el evangelio dice que todos somos iguales, hay gente que no tiene nada y otros, al contrario, tienen todo lo que quieren y mucho más. No sabía responderme. Las explicaciones que me daba no acababan de convergerme. El cura y el maestro eran muy buenos amigos. Jugaban a las cartas, por las tardes, en la sacristía, cuando no les veía nadie. Desde el primer día de clase también noté que no le caía en gracia al señor maestro.

Al principio pensé que debía ser porque en tiempos de la guerra mi abuelo confiscó las tierras de la familia del maestro. No, no es que los mataran. Lo único grave que sucedió fue que todas las familias ricas del pueblo tuvieron que trabajar, como cualquier hijo de vecino, en la cooperativa que montaron los campesinos. ¿Que la inquina contra mí venía porque mi familia era de izquierdas? Quizá tenga usted razón, señor director. Pero a los siete años aún no tenía ninguna noción concreta de las diferencias entre rojos y azules. Sólo recuerdo que el cura y el maestro hablaban de mí poniendo muy mala cara. Invariablemente, por mucho que estudiase, siempre me suspendían, en todas las materias. En la mili me pasó algo parecido. Sin ir a buscarlo, cumpliendo siempre, el capitán me tomó ojeriza. Dos años en Cartagena haciendo guardias, sin permisos, sin poder salir nunca a la ciudad, a un cine, a dar una vuelta como todos los demás. Como puede usted suponer, todo ese cúmulo de injusticias me hizo comenzar a dudar de la religión, de la escuela, del ejército. Parecía que todo estaba montado para impedir el paso a la gente pobre, de mi clase. ¿Quiere que continúe, señor director? Pues mire, cuando me encerraron en la cárcel por vez primera, durante el famoso estado de excepción del 69, mi mujer tuvo que encargarse ella sola de la casa, de los hijos, del huerto. Yo no podía hacer nada. Me habían encontrado, in fraganti, con la máquina de las octavillas; y en el cuartel de la Guardia Civil me pusieron morado. ¡Pobre mujer! Aun no sé cómo pudo soportar todos aquellos años de prueba. Los señores del pueblo le hicieron el vacío negándole el trabajo, un plato de sopa para los niños. Y mientras tanto, las señoras, muy beatas, muy hipócritas, cargadas de oro yendo a misa y a comulgar para ganar el cielo, para que el General viviese muchos años. Triste, en efecto, la vida del pueblo trabajador. Sí, ahora le explico por qué he vuelto aquí, por qué me han traído de nuevo. Parece que los pobres lo tenemos mal en este mundo. Ahora mismo sabré los motivos exactos de volver a estar encerrado. Lo peor fue cuando salí de la cárcel, ya con la democracia. ¡Qué alegría aquellos primeros meses creyendo que todo cambiaría para nosotros! Pero, ya cuando llegué al pueblo, la mujer, los vecinos, me dijeron que el señor ingeniero había venido por casa a comunicarnos que nos expropiaban el huerto. ¡Quitarnos nuestro pedazo de tierra! Esta era la mayor injusticia que nos habían hecho en la vida. Nada de lo anterior era comparable. ¡El huerto! ¡Nuestro huerto! La nueva autopista tenía que pasar, quieras o no quieras, por medio de la finca y únicamente nos daban medio millón de indemnización. ¡Imagínese! ¿Adónde íbamos con medio millón de pesetas? ¡Si el piso más barato en la ciudad ya vale cuatro! Y mis padres, ¿qué iban a hacer mis padres en la ciudad sin poder ir al huerto, sin poder cuidar las gallinas, los conejos? La sangre se me

subió a la cabeza. No pude contenerme. El señor juez dijo que había matado al ingeniero, al cura y al maestro de escuela, que habían venido a ver cómo las máquinas excavadoras arrancaban los árboles frutales, los manzanos. Parece que también cayó en la refriega el capitán de la Guardia Civil que mandaba a las fuerzas de orden. La escopeta, que estaba a mano, tuvo la culpa de todo. La escopeta y la sangre que se me subió a la cabeza por tantas y tantas injusticias acumuladas. No, señor director, no me diga ahora que cometí una gran equivocación, que no tendría que haber hecho eso nunca. Le aseguro que por vez primera en muchos años he comprendido que somos nosotros, los pobres, los que tenemos la razón y no ustedes. No, señor director, no le daré la mano que tan amablemente me ofrece.